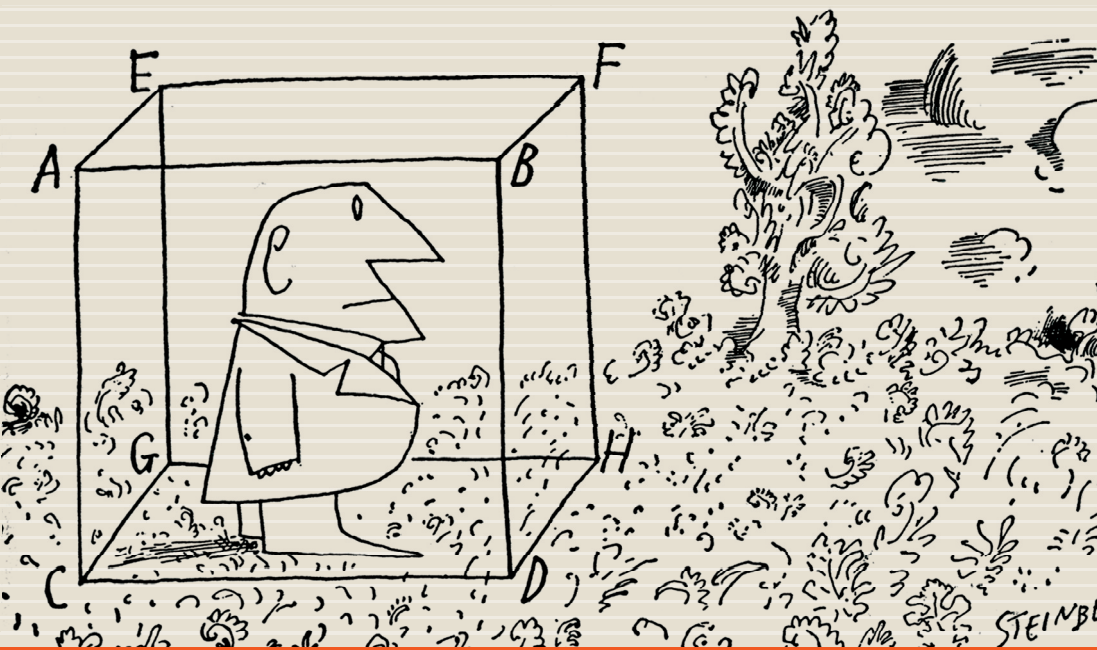


El hombre: sentido de la arquitectura y del urbanismo



Guillermo Randle SJ.

nobuko

El hombre: sentido de la arquitectura y del urbanismo

Guillermo Randle SJ.

El hombre: sentido de la arquitectura y del urbanismo

Dos ensayos

Guillermo Randle SJ.¹

nobuko

Randle, Guillermo

El hombre, sentido de la arquitectura y del urbanismo - 1a ed. - Buenos Aires : Nobuko, 2008.
180 p. : il. ; 21x15 cm.

ISBN 978-987-584-145-1

I. Arquitectura. I. Título
CDD 720

Diseño general | Sheila Kerner
Edición a cargo | Rosanna Cabrera

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina / Printed in Argentina

La reproducción total o parcial de este libro, en cualquier forma que sea, idéntica o modificada, no autorizada por los editores, viola derechos reservados; cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

© 2008 nobuko

Febrero de 2008

En venta en:
LIBRERÍA TÉCNICA
Florida 683 - Local 13 - C1005AAM Buenos Aires - Argentina
Tel: 54 11 4314-6303 - Fax: 4314-7135
E-mail: ventas@nobuko.com.ar

FADU - Ciudad Universitaria
Pabellón 3 - Planta Baja - C1428EHA Buenos Aires - Argentina
Tel: 54 11 4786-7244

*A nuestro padre Horacio Randle, arquitecto, en memoria.
Y en agradecimiento a los arquitectos que nos alentaron para publicar
estos ensayos.*

Índice

Prólogo al libro	09
Capítulo I El hombre: sentido de la arquitectura	13
Introducción	13
Reubicar la arquitectura con relación al hombre	13
La arquitectura tiene que reubicarse	14
Para poder mantener algún sentido	18
Primera parte	21
El hombre y la arquitectura en el pensamiento de algunos arquitectos del siglo XX	21
Segunda parte	55
Una arquitectura silenciosa y estática	55
Una arquitectura desorientada	62
Conclusión y empalme con la tercera parte	68
Tercera parte	71
Una arquitectura reubicada	71
Más allá de una definición	71
Una tarea vital y humanística	74
El hombre: alguien que habita	76
El hombre: generador y marco del hacer arquitectónico	77
El hombre: unidad espacio-temporal y persona	79
El hombre: uno y autónomo en el actuar	81
Privacidad y comunicación: dos dimensiones necesarias del espacio vivido por el hombre	83
Cuatro modos de habitar	85
El cuerpo	85

El asentamiento	85
El espacio urbano	86
La casa o vivienda: La puerta y la ventana	86
El centro de la casa	93
Configuración del espacio doméstico	94
El hombre: ser trascendente	97
El templo: un quinto modo de habitar	98
Configuración del espacio sagrado cristiano	99
Conclusión	104
Notas del Capítulo 1	107
Bibliografía	115
Capítulo 2 El hombre: sentido del urbanismo	119
Prólogo	123
Introducción	125
Primera parte	139
Hispanoamérica: El modelo “jerarquizado militar” hispano-andino del siglo XVI y la experiencia misional de los jesuitas.	139
Segunda parte	147
Roma: El criterio pastoral - urbano del plan regulador de Sixto V (1585-1590)	147
Tercera parte	155
La influencia del criterio pastoral-urbano de Sixto V en el urbanismo jesuítico guaraní (1610-1767)	155
Conclusión	162
Notas del Capítulo 2	165
Bibliografía	171
Anexo	173

Prólogo al libro

El contenido del presente libro muestra un brusco contraste entre la arquitectura del siglo XX (El hombre: sentido de la arquitectura, Capítulo I), y el peculiar urbanismo de las misiones jesuíticas guaraníes de los siglos XVII y XVIII (Capítulo II). Ambos muestran asimismo diferentes concepciones y consideraciones acerca del hombre como sentido de ambas disciplinas.

Es nuestro deseo que el mismo coopere, por un lado, a reflexionar sobre dichas disciplinas en nuestro siglo XXI, perfecto en los medios pero confundido en los objetivos, como señaló sabiamente Albert Einstein el siglo pasado. Y, por otro lado, que ayude a salir de dicha confusión, al discernir en qué radican una arquitectura y un urbanismo mejor.

Capítulo I

El hombre: sentido de la arquitectura

Introducción

Reubicar la arquitectura con relación al hombre

La historia de la arquitectura... prevé un mejor destino del hombre.

BRUNO ZEVI

Dice el arquitecto Kenneth Frampton hacia el final de su *Historia crítica de la arquitectura*, que “la arquitectura tiene que reubicarse a sí misma para poder mantener algún sentido”,² pero, no dijo en relación con qué debía reubicarse. Esta inconclusa frase fue la que nos inspiró el presente intento de completarla en alguna medida, al afirmar que ello ocurrirá si lo hace con relación al hombre, sentido de la misma.

Nuestra intención es motivar, por tanto, en “este confuso panorama de la cultura arquitectónica actual”, como decía la arquitecta Marina Waisman de la Universidad Católica de Córdoba, el hacer arquitectónico por medio de la observación atenta del comportamiento de quien le da sentido, lo genera, lo protagoniza y es su finalidad. O como decía el arquitecto holandés Aldo Van Eyck: “Acerquémonos al centro mudable de la realidad humana y construyamos el calco”. Es decir, aproximémonos al ser viviente humano y construyamos la resultante del espacio vivido por él. Esto requiere observar actitudes constantes y circunstanciales del mismo, lo cual hace que la solución de un proyecto no se la conozca de antemano, sino que sea un descubrimiento, donde lo racional y lo intuitivo se integran y compatibilizan. Porque como dice el filósofo Martín Augusto de la Riestra:

La razón emanada de la vida, es lo único que puede dar a la arquitectura esa justa e indefinible nota de adecuación a lo humano que todos esperamos de

un edificio, que celebramos íntimamente cuando existe, y que echamos de menos, decepcionados, cuando falta.

Es por ello que, sin conocimiento, experiencia y valoración de los tres niveles de realidad de la persona humana: físico, psicológico y espiritual, como así también de sus necesidades de privacidad y comunicación, y al mismo tiempo sin una gran competencia en lo técnico-constructivo, sólo seguiremos fantaseando con plantas intrascendentes, envueltas en fachadas de modas pasajeras, pero sin aportar sentido y riqueza humana a su contenido, ni generar nada culturalmente valioso y serio.

La arquitectura tiene que reubicarse

Estas reflexiones comenzaron a tomar forma, como queda dicho, al notar en la citada frase de Frampton, la ausencia del protagonista de la arquitectura. Es por tanto, con respecto al mismo que entendemos debe reubicarse la misma “para poder mantener algún sentido”, como asimismo afirma dicho autor. Porque entendemos que solamente con un íntimo conocimiento y relación con él, aquella no sólo mantendrá algún sentido o sabrá dar razón de sí misma, sino que la motivará, profundizará y enriquecerá hacia adelante.

Fue al partir del análisis y la vivencia de la arquitectura y en contraste con dicha frase, que llegamos a describirla como: *espacio, bello y útil, construido y vivido por el hombre*. Hablamos de descripción y no de definición por cuanto la arquitectura, como expresión de la vida, es demasiado rica para ser definida.

Etimológicamente considerada, ella significa *construcción dirigida*. Pero, para que esta construcción sea arquitectura, debe abrigar un espacio. Por ello, no lo es una muralla o un puente, por ejemplo. A su vez, dicho espacio es la relación que establecen las cosas entre sí y sobre todo la relación que el hombre establece con las mismas, por tanto, sin esta relación no sabríamos de qué hablar. Por ello, decimos que el espacio es un ente de razón, es decir, que no tiene ser real y verdadero, sino en cuanto se fundamenta en dicha relación que, sobre todo, el hombre establece con su movimiento entre las cosas. Es por esta relación que el espacio puede ser agradable o desagradable, acogedor o inhóspito, elemental (como sería el virtualmente delimitado por cuatro columnas sosteniendo un techo) o manifiesto, al cerrarse y albergar diversas

dependencias. Doméstico, como es la casa o vivienda, y trascendente, como es el templo, presente en todas las civilizaciones.

Para ser arquitectura, por tanto, dicho espacio debe ser, no sólo *construido* (por tanto, una caverna no lo es), sino también *vivido* existencialmente y además, *bello*: por ser su habitante un espíritu-encarnado, con tres niveles de realidad: corporal, psicológico y espiritual, del que la belleza es expresión de este último y sinónimo de nobleza, no de riqueza. O como afirma Walter Gropius acerca de la misma:

Es el resultado de una fusión creadora entre materia y espíritu, en otras palabras, entre nuestros resultados científicos y nuestro nuevo conocimiento del hombre”³

Este conocimiento consiste en saber que este no es solamente conciencia, ni nada más que materia, ni solamente vida, ni sólo un ser espacio-temporal, ni solamente psiquis, sino esencialmente una realidad de orden espiritual, es decir, una persona humana.

Debe ser también un espacio *útil*: por la misma condición espiritual-encarnada de su habitante, es decir, con necesidades de protección, descanso y distensión del sistema nervioso y del alma. Es por esto, que el arquitecto Richard Neutra decía que la diferencia entre el ingeniero y el arquitecto es que, el primero, tiene en cuenta la tensión de los materiales, mientras que el segundo, debe considerar además, la de los nervios humanos. Por ello, Pietro Belluschi afirma: “la arquitectura no es arte puro, ya que tiene límites prácticos y deberes que debe reconocer, satisfacer y respetar”. De la misma manera Ernesto Rogers:

La característica esencial que diferencia la creación: Arquitectónica de la de cualquier otra arte plástica es el distinto concepto de la utilidad.⁴

Por ello con razón afirma Norberg-Schulz:

De hecho, la tecnología moderna no sólo sirve para resolver los problemas cuantitativos y económicos sino también, si la entendemos bien, nos puede ayudar a sustituir los devaluados motivos de las formas historicistas que le dan carácter a nuestro entorno, haciendo que se convierta en un verdadero lugar.⁵

En otras palabras, haciendo que se transforme en un espacio existencial que mediante las soluciones técnicas, cuantitativas y económicas, no sólo sea útil, sino que resalte los devaluados valores humanos.

Por esto comenzamos por describir a la arquitectura como *espacio construido*: es decir, artefacto o artificial, no natural, sino pensado y elaborado por el hombre, e imposible imaginar a éste en su expresión civilizada originaria sin arquitectura. La construcción, por tanto, determina la idea espacial e implica posesión del espacio.

Pero, sobre todo como anticipamos, es *espacio vivido por el hombre*: o dimensión de las infinitas posibilidades de la vida. He aquí el acento más fuerte de nuestra descripción, por cuanto sin vivencia humana (o en función del hombre que la habita como instrumento de su existencia) el espacio deja de ser, al no establecer el hombre las relaciones que lo realizan como tal. En efecto, es él quien lo materializa y le da vida con su movimiento y actividades, en una palabra, quien le da sentido. En cambio, afirma Wells Coates:

Qué raro [...] era en el pasado ser conscientes del hecho de que una habitación existe para el hombre, y no el hombre para la habitación, y que es para él, no para lo sin importancia, que se ha de proveer el mejor acondicionamiento posible.⁶

En consecuencia, el arquitecto es el constructor de un espacio que es al mismo tiempo distancia a superar y disposición de las cosas en un orden dado, correspondiente a nuestro deseo de servirnos de ellas y un conjunto de lugares, distancias y direcciones, en las que nosotros mismos estamos implicados y modificamos en su valor con nuestro cambio de posición en el conjunto. En otras palabras, el arquitecto es organizador del espacio y, en cuanto ser humano consciente de su condición, es parámetro o criterio del mismo. Por esto la arquitectura nace de la vida misma, de la habitual relación de los hombres entre sí y con las cosas entre las que viven y de las que se sirven.

La tarea de reubicación de la arquitectura supone, por tanto, una visión integral de la persona humana, es decir, un horizonte abierto a sus tres niveles de realidad: corporal, psicológico y espiritual, por cuanto si bien:

Existe una relación entre las implicaciones psíquicas y los aspectos prácticos de la arquitectura.⁷

Existe también una relación entre las implicaciones espirituales y el aspecto trascendente de la arquitectura, el cual, como dice Wittkower citando a Palladio, nos hará posible hablar nuevamente de civilización.⁸ O como dice Norberg-Schulz:

La historia adquiere significado únicamente si ella representa nuevas concretizaciones de la dimensión existencial”?

Aplicado esto a la arquitectura, diríamos que ésta adquiere sentido cuando expresa la realidad íntegra de la persona humana.

Es indudable que nuestra tesis consiste en la reubicación de la arquitectura entendida en términos humanistas. Ella a su vez es urgida por Norberg-Schulz en los siguientes términos:

Luego de decenios de trabajo abstracto, científico, nos parece urgente volver a una concepción fenomenológica cualitativa de la arquitectura. No se sacará ningún provecho en resolver problemas prácticos si antes no se ha reparado en esta concepción.¹⁰

Ahora bien, ¿qué es esta “concepción fenomenológica cualitativa de la arquitectura”, sin la que, “no se sacará ningún provecho en resolver problemas prácticos”? Es nuestro concepto de arquitectura como manifestación existencial y cualitativa del ser humano, presente en nuestra descripción de la misma. Precisamente, esta visión fenomenológica fue la que nos condujo a nuestra noción de arquitectura y al convencimiento de que su reubicación implica hacerlo con un conocimiento y una actitud lúcida, cualitativa y finamente observadora de su finalidad y protagonista, hasta el punto de que en el proyectar, no sólo estén presentes sus ya citados tres niveles de realidad, más las seis dimensiones del espacio y sus necesidades de comunicación y privacidad, sino que generen, creen, relacionen e impriman carácter a los espacios habitados por él en diferentes circunstancias de la vida y, por ende, hagan que la arquitectura nazca viva. Esto hace que la solución de un proyecto no se la conozca de antemano, sino que sea un descubrimiento progresivo, donde lo racional y lo intuitivo se integran y compatibilizan.

Para poder mantener algún sentido

Según lo dicho hasta aquí, por “*reubicarse a sí misma*” la arquitectura, se entiende que es con relación al hombre. Porque este es el sentido de la misma, y porque la urgencia de su protagonismo está dada por la memoria o experiencia común que de la misma tiene el hombre. Esta memoria le permite discernir cuáles son las formas básicas de su entorno, porque como dice el arquitecto suizo Jacques Herzog:

En arquitectura, como en muchos otros segmentos de la sociedad, no hay más una tradición que nos diga qué hacer y dónde ir. Pero, la memoria común, esta experiencia que cada uno tiene desde pequeño, todavía existe. Ella pone en relación con las formas básicas del entorno humano.¹¹

Más en concreto, es una memoria común que pone en relación con el generador, protagonista y motivador de dichas formas básicas que hacen a la arquitectura.

A este propósito hagamos un poco de historia y observemos cómo desde fin del siglo XVIII se fue desarrollando un ataque contra la arquitectura, a veces deliberado y a veces inconsciente. Su punto culminante se alcanzó en el tercer decenio del siglo XX, cuando (como afirma Hans Sedlmayr):

Los enemigos de la arquitectura, seguros de su victoria, arrojaron la máscara y llegaron a propugnar la abolición de la arquitectura, que en los precedentes ciento cincuenta años había sido ya arrojada de su lugar preeminente.¹²

La primera e inconsciente revolución contra la arquitectura tiene como primer axioma: *que las formas geométricas espaciales, como son la pirámide, el cubo y la esfera, son también formas fundamentales de la arquitectura.* El segundo axioma es: *que toda forma elemental geométrica es apta para constituir por sí misma la forma básica de un edificio [Fig. N° I].*